

COZZO, Paolo: *La geografia celeste dei duchi di Savoia. Religione, devozioni e sacralità in uno Stato di età moderna (secoli XVI-XVII)*. Bologna, Il Mulino, 2006, 370 págs., ISBN: 88-15-10904-8.

El protagonista de este estudio sobre el papel jugado por las devociones principescas en la Europa del nacimiento de los estados modernos es el pequeño ducado de Saboya en el período en que comenzó a tener peso en el panorama internacional. El punto de arranque es la paz de Cateau-Cambrésis, cuando el duque Manuel Filiberto, aliado de Felipe II, recuperó la mayoría de los territorios que los franceses le habían arrebatado y comenzó la reconstrucción del antiguo estado dinástico. Fragmentado y discontinuo como la mayoría de los estados europeos en este período, la geografía marcaba en este caso una profunda división (que también era lingüística) entre la zona transalpina de Saboya, cuna del linaje principesco y colindante con el reino de Francia y la Confederación Helvética, y el área subalpina del Piamonte, que aún siendo la menos consistente desde el punto de vista territorial, acabó imponiendo su predominio. El cambio de peso específico territorial se selló con el traslado de la corte desde Chambéry a Turín, ciudad que se convirtió en el principal escenario del prestigio ducal, como puso de relieve Martha D. Pollak en *Turin 1564-1680. Urban Design, Military Culture and the Creation of the Absolutist Capital* (Chicago y Londres, 1991). La arquitectura dinástica ocupa también un lugar importante en el libro de Paolo Cozzo, aunque los santuarios cons-truidos por los duques de Saboya se combinan aquí con las reliquias, imágenes y ceremonias religiosas que les per-

mitieron trazar una «geografía celeste» capaz de afirmar su prestigio tanto en su propio estado como en otros de la Europa contemporánea. De forma característica, entre las primeras devociones principescas que se tratan en este libro encontramos la de la Sábana Santa con la efigie del cuerpo de Cristo, que era propiedad familiar de los duques y que ellos hicieron llevar a la nueva capital en 1576. Desde una capilla de la catedral de Turín a la que los Saboya podían acceder sin salir de palacio, la Síndone fue expresión de la sacralidad de la familia gobernante en la capital, los territorios del estado y el resto del mundo desde el teatro de la corte romana, donde los duques fomentaron la fundación de una cofradía e iglesia de nacionales saboyanos bajo esa advocación.

La geografía celeste de los duques de Saboya es descrita y analizada según una estructura radial que va desde el centro político de la corte (capítulo 1) hacia las diversas fronteras de los territorios dinásticos (capítulo 2) y hacia otros estados italianos y europeos con los que los Saboya mantuvieron estrechas relaciones devocionales y políticas (capítulos 3 y 4). Esta organización es apropiada para resaltar la geopolítica de las devociones principescas, pero plantea alguna dificultad a la hora de ubicar ciertos temas (caso del clero cortesano) y de valorar la significación de los casos de estudio. Así, el argumento fundamental de la apropiación dinástica de los cultos locales como forma de afirma-

ción de la política centralizadora de los duques de Saboya resulta menos convincente tratado a partir de Turín que desde los territorios de Saboya y Piamonte. En el tratamiento de la geografía devocional de la periferia del estado se consideran variables como la localización de las ciudades estudiadas (en zona de expansión o de frontera), la mayor o menor pervivencia de tradiciones comunales y los niveles de conflictividad social y, sobre ese trasfondo, se examinan las estrategias devocionales de los duques a la hora de reforzar su autoridad en el territorio a través de la apropiación o renovación de los cultos cívicos. Los distintos grados de conflictividad que el proceso planteó en cada caso son valorados para Asti, Mondovì y Vercelli, mientras que el marquesado de Saluzzo ilustra de forma espléndida la absorción de los santos locales por las tradiciones dinásticas de los Saboya: tras su conquista por el duque Carlos Manuel a finales del siglo XVI, las devociones de Saluzzo fueron sutilmente transformadas para formar parte de la hagiografía de san Mauricio y la legión tebana, un culto de connotaciones guerreras al que estaba dedicada una de las principales órdenes militares de los Saboya y al que ahora se sumaban nuevos legionarios dispuestos a combatir con la dinastía contra los también enemigos de la fe actuales. Después de leer este magnífico segundo capítulo, se saca más partido a los casos de apropiación dinástica de cultos locales en Turín, un tema que queda presentado de forma un tanto abrupta y no siempre con suficiente elaboración; en contraste con los ejemplos citados, es posible que en la construcción de un panteón de santos patronos de la capital fuera menos significativo el conflicto

con las autoridades municipales que la necesidad de emular a otras cortes católicas de la época.

Más que restar valor al libro, esta reserva revaloriza lo que en opinión de esta lectora constituye uno de sus mayores aciertos: la atención poco habitual a la dimensión internacional de los cultos dinásticos. Como el autor señala expresamente en la introducción, la religión del príncipe no fue un simple mecanismo para el control del territorio (*instrumentum regni*), sino también una forma de vida y actuación (*modus vivendi et operandi*) que permitía expresar y canalizar las complejas relaciones de alianza y lucha por el prestigio entre las cortes europeas de la primera Edad Moderna. Cozzo nos introduce en estas relaciones a través de una abundante bibliografía secundaria en varias lenguas, del empleo de fuentes primarias de indudable riqueza, en especial los despachos de embajadores, siempre atentos a los asuntos de prestigio y competición, y un rico material iconográfico que se analiza tanto en el cuerpo del texto como al pie de las imágenes (casi una treintena), incluidas de forma muy apropiada en las discusiones correspondientes. El sutil y bien informado tratamiento de los temas religiosos por un historiador formado con especialistas del calibre de Ottavia Niccoli y Giorgio Cracco había sido demostrado en una monografía anterior, dedicada a uno de los santuarios dinásticos más importantes del ducado de Saboya, del que aquí se recogen las principales conclusiones («*Regina Montis Regalis*». *Il Santuario di Mondovì, da devozione locale a tempio sabaudo*, Roma, 2002). El desarrollo del culto de la Virgen de Mondovì es una buena expresión de la im-

portancia que alcanzaron los objetos de devoción en las relaciones entre las cortes europeas, en este caso entre la de Saboya y la española después del matrimonio de la infanta Catalina Micaela con el duque Carlos Manuel. Atraídos por la actividad milagrosa que la imagen pintada mostró a finales del siglo XVI, los duques quisieron construir para ella un templo que les serviría de paso como panteón dinástico, algo así como un Escorial. Carlos y Catalina intentaron, de hecho, involucrar en la devoción al propio Felipe II, cuya salud su hija encomendaba a la imagen, mientras que el yerno le enviaba los planos del arquitecto Ascanio Vitozzi para su aprobación. A finales del siglo XVI y principios del XVII, mientras se intentaba mantener en el mejor estado posible las cada vez más tensas relaciones diplomáticas entre ambas cortes, el culto a la Virgen de Mondovì se difundía en España, como antes lo había hecho en Saboya el de Nuestra Señora de Monserrat. Relaciones de milagros, estampas y medallas fueron enviadas a España para agasajar a la familia real y complacer a los nobles que las solicitaron; entre ellos llegó el cuadro que se conserva en El Escorial y del que se sacó copia para el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

El intercambio político y devocional entre las dos cortes es sin duda un asunto de especial interés para los lectores españoles de esta obra. Otros ejemplos estudiados incluyen el culto de san Mauricio y la legión tebana (tema de las controvertidas telas que Felipe II encargó para El Escorial), las copias pintadas

de la Síndone (muy apreciadas como regalo diplomático y de las que se conservan dos en este mismo monasterio) y la misma devoción común de san Lorenzo, a quien tanto el rey de España como el duque de Saboya habían hecho voto de edificar sendos santuarios en agradecimiento por la victoria de san Quintín. Cultos compartidos de señalado carácter militar contribuían a consolidar los lazos políticos entre dos estados desiguales pero dependientes entre sí. No es preciso recordar aquí la importancia de los pasos saboyanos en el camino a Flandes, pero sí subrayar con el autor del libro que, entre mediados del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, los duques de Saboya aprendieron a valerse del coleccionismo de reliquias, imágenes y otros objetos de devoción como elementos de su política de prestigio internacional. A través de ellos, intentaron dar mayor realce a un estado que de forma cada vez más insistente aspiraba a rodearse de símbolos regios capaces de avanzar sus pretensiones de una corona real. El ejemplo de cómo un estado dinástico menor en ascenso empleaba el mismo lenguaje devocional que los soberanos más importantes de la época y conseguía incluso suscitar el interés de éstos por sus propias reliquias e imágenes locales pone de manifiesto la necesidad de prestar mayor atención a esta desatendida dimensión de las relaciones entre religión y política en la Europa de la primera Edad Moderna, un tema sobre el que el libro de Cozzo ofrece una valiosa primera aproximación.

---

*María José del Río Barredo*  
Universidad Autónoma de Madrid